



anaquel de libros

Féllx Maria ALVAREZ, M. Sp. S. —
Perfiles Sacerdotales, Editorial Her-
der, Barcelona, 1959, pág. 318.

La publicidad de nuestro tiempo se encuentra bajo el signo de una lamentable frivolidad.

A los deportistas, artistas del cine, personajes de actualidad, se les dedica artículos, folletos, e incluso libros. Los nombres de personas que han marcado un hito en el curso de la historia, son ignorados por muchos.

El libro del padre Alvarez recoge veinte de estas vidas fecundas, desde San Pablo hasta Pío XII, de tan feliz memoria. Por decirlo con las propias palabras del autor "se ha escogido a lo largo de los siglos, aquellos personajes que mejor han reflejado su época y encarnado la tradición católica al respecto, como para que tenga el lector una visión panorámica del conjunto y se despierte en él interés por estudios más completos y profundos dentro de este sugestivo campo de la historia de la Iglesia".

Figuran en apéndice tres personajes en orden a su significación histórica: Martín Lutero, fundador del protestantismo; Juan Calvino, lumbrera de la teología protestante; Enrique VIII Tudor, fundador y cabeza visible del anglicanismo.

Dr. Julio Fausto, FERNANDEZ, *Una conciencia frente al mundo*, Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, El Salvador, C. A., 1960.

He aquí un libro en el que un pensamiento palpitante se ha concentrado desde todos los ámbitos de la historia de una conciencia privilegiada para irrumpir en las mentes de los centroamericanos, portador de un mensaje transcendental. En él, efectivamente, el Dr. Julio Fausto Fernández ha reunido sus principales conferencias pronunciadas en diversas ocasiones desde sus tiempos de universitario. Y así, no sólo ha renovado el influjo orientador de cada una de ellas, sino que lo ha multiplicado e intensificado por la resonancia de unas en otras.

En un estilo vibrante, diáfano y comunicativo, desarrolla el Dr. Fernández los temas más sugestivos, haciendo honor siempre a sus títulos de Académico de la Lengua y Miembro del Ateneo de El Salvador, no menos que a su penetración metafísica y a su prolongada experiencia de Profesor universitario. Desde los debates en torno a la proyectada reforma universitaria de 1935, pasando por las implicaciones personalistas y sociales del pensamiento maritainiano, no menos que por enfoques de alcance iusnaturalista, hasta llegar a las profundidades de la filosofía de la historia según Toynbee, el lector se siente arrastrado por la lógica can-

dente del Autor. Pero lo que más encanta en todas esas páginas —que literalmente se devoran—, es su valor de “testimonio” de una conciencia agitada por los impulsos de una generosidad sin medida, que las adorna. Y tal es, por lo demás, el verdadero y principal objetivo pretendido por el Dr. Fernández al publicarlas, ya que, como nos lo dice desde la *Nota Preliminar*, él no ha querido hacer esta colección de publicaciones tanto “por el natural deseo de que su eco llegue hasta las personas a quienes los temas tratados podrían interesar, sino, más bien, por el afán de dejar testimonio de la forma en que, hacia la mitad del siglo XX, reaccionó la conciencia individual de un salvadoreño de la clase media, ante los conflictos sociales de la época en que le tocó vivir”.

Desde ese punto de vista, el libro cobra una admirable unidad, que, pese al orden cronológico del acontecer literario de los trabajos que lo constituyen, se estructura espontáneamente en torno a un tema fundamental. Es la unidad viviente que les imprimió el desarrollo ininterrumpido de la misma conciencia que los puso en el tiempo, preocupada siempre por un mismo ideal social.

Se ha hablado, ‘en efecto, de una “conversión” del Dr. Julio Fausto Fernández del marxismo al catolicismo; pero, este libro, en el que el alma incontenible —y por lo mismo incapaz de fingir— del Autor se trasluce en cada página, nos prohíbe seguir empleando esa expresión. Y es que una “conversión” supone una “vuelta hacia atrás”, manobra que no deja de despertar sospechas en muchos; ahora bien, la conciencia del Dr. Fernández no ha hecho un solo instante “marcha atrás”. Yo diría que lejos de retroceder ha avanzado siempre hacia la solución de un único y mismo problema. Fascinado de veras por un doble amor: el de la persona humana y el de la sociedad, se debatió durante quince años en medio de la

duda más angustiosa, buscando siempre una solución satisfactoria que los conciliara debidamente, en otras palabras, persiguiendo un “socialismo personalista”. Tal es el anhelo que late en su primer trabajo —discurso pronunciado en nombre del estudiantado y que junta al fuego de la juventud la prudencia del pensador y la perfección del escritor consumado—, en el que leemos textualmente: “¿Cómo puede pedirse amor en una sociedad cuyo orden jurídico es el egoísmo organizado? No. Hagamos posible para todos los hombres una vida humana, procurémosles una cómoda satisfacción de sus necesidades corporales, pongamos la riqueza material e intelectual al servicio de todos, y exijamos después perfección individual. Construyamos un orden jurídico basado en la solidaridad: enseñemos a todos, y desde niños, a cooperar con todos los demás, a servir en vez de explotar, y exijamos después, amor a nuestros semejantes. Resolvamos el problema social y habremos resuelto, por añadidura, el problema individual” (p.16). Pero, ¿dónde está esa doctrina salvadora? “En esta búsqueda dolorosa de una ideología, quisiéramos un Maestro que nos ahorrara el peregrinar sin rumbo. Le seguiríamos gustosos. No es culpa nuestra el no tenerlo” (p.14). “En medio de esta situación caótica, sólo podemos hacer negaciones (...) Tal vez estemos salvados, ya que sobre esas negaciones tendrán firme arraigo los nuevos credos, que por de pronto no hemos encontrado” (p.15). “Ciegos todos, desesperados, inseguros y tristes, no sabemos cuál es nuestra ruta: apenas tenemos la intuición de un cambio” (p.19). “Desprovistos de toda fe, desnudos y parias, atravesamos el mundo con una brasa entre las manos. Esa brasa es la duda, y es en verdad nuestra única posesión cierta. Nos quema las manos y nos abrasa el alma. Quisiéramos desprendernos de ella; pero al mismo tiempo nos damos cuenta de que esa brasa quema como un fuego y alumbraba como una joya”. (pp.19-20). “La juventud

(...) no ha hallado (...) su sitio justo y claro frente a la vida. Muchos se han incorporado a movimientos que, en el fondo, les despiertan dudas y celos. Lo honrado es declarar con humildad: no vemos nada, no creemos, no nos sentimos seguros en ningún sitio" (p.20).

Fernández sufre, pues, porque no ve. Por eso no desprecia más que a los egoístas que "Nunca despertarán a la verdadera conciencia, que es el anhelo de servir en función de humanidad" (p. 20). Al que busca una solución en medio de las tinieblas que invaden todos los espíritus, aunque sea católico, lo estima. Por eso también, oponiéndose a la intransigencia de algunos de sus compañeros, sentencia en el mismo discurso, refiriéndose al estudiante que se refugia en el catolicismo: "Y en verdad que allí donde principia su ansia de fe, principia a ser hombre; por esto merece mi respeto, aunque no mi adhesión" (p.21). Es que no veía todavía. Pero, ¿cómo iba a ver, si hasta "La Universidad, en vez de ser la guía maternal y sabia que orientara estos bellos arrebatos de la vitalidad joven, los ha dejado marchar a la deriva, sin hacerles sentir ni siquiera el tibio calor hogareño de un afecto sencillo (...) Ella que estaba llamada a auspiciar el advenimiento de las rosas allí donde nacían las espinas, se cruzó de brazos y, al final, a la hora de las caídas irremediables, no tuvo sino el recurso de negar. Negó. Negó a los que hubieran sido, quizá, sus hijos más amados y que cayeron negándola a ella" (p.23).

Con semejante disposición juvenil, ¿se podrá creer en la firmeza inconmovible de su marxismo, pese a sus protestas oficiales? Su alma era demasiado recta, demasiado "iusnaturalista" para no ser católica, en el fondo. Acentos como éstos: "La escuela laica podrá instruir pero nunca educar. A ella se debe la bajeza moral de esta época, a ella se debe el sórdido egoísmo que priva actualmente. A ella debe la juven-

tud su desorientación ideológica (...)

Frente a estas tendencias, el socialismo preconiza una escuela afirmativa. Una escuela que inculque en el niño principios éticos basados en las leyes naturales" (p.25); acentos como éstos, digo, demuestran que su marxismo no pudo ser más que un sucedáneo de lo que él seguía buscando. Seguía actuando en su alma los dos ideales de su vida: "la emulación socialista, dirigida hacia el bien de la colectividad y de cada uno de sus miembros" (p.26). Diríase que su grito de guerra era: ni "la ya decrepita economía individualista" (p.26), ni marxismo como sinónimo de reforma violenta o impuesta: "Si queremos que la inevitable transformación social que se avecina, se opere con el mínimo de violencia posible, orientemos nuestra educación en aquel sentido" (pp.26-27), nos había dicho en su memorable discurso juvenil, y había añadido: "en estos momentos en que alborea una nueva era para la Humanidad, la Escuela tiene una sagrada misión: la de allanar los caminos para el advenimiento del reinado de la Justicia Social" (p.27). Con semejantes ideales en su corazón —ideales que, al igual que todo su discurso, hubiera podido suscribir cualquier católico—, ¿cómo pudo ser genuino su marxismo? ¿Cómo pudo ser marxista un hombre, como él, cuyas coordenadas eran, no sólo el bien de la sociedad, sino también la expansión de la persona? Ese estadio de su vida, pues, no pudo ser definitivo: tuvo necesariamente que ser provisional y durar tan sólo mientras encontrara lo que buscaba. De ahí que no pudiera negarse al catolicismo, en cuanto éste se le presentara como es, a saber, como la más armoniosa conjugación de sus dos anhelos. No hubo conversión pues, sino simple culminación de un proceso interminado, cuando por fin vio la verdad social del cristianismo.

Por eso mismo no tuvo que contradecir su discurso juvenil, sino que pudo reasumir los mismos consejos que an-

tes había dado, desde su nueva y definitiva solución: "Estoy convencido —dijo solemnemente en su discurso de reaparición en el Alma Mater después de su última transformación ideológica— de que si algunos jóvenes (...) aceptaron las conclusiones de mis escritos anteriores, fue debido a que tales conclusiones proponían objetivos políticos y culturales intrínsecamente justos, aun cuando su motivación filosófica fuese errónea y aun cuando los medios de acción por mí sugeridos, fuesen inadecuados" (p.45). Y entonces mismo añadió con plena tranquilidad de conciencia: "Es por esta razón que me veo obligado a declarar expresamente, que en manera alguna estaría dispuesto a dar esta charla, si supiese que con ella contribuiría a frenar la lucha que contra las injusticias sociales ha emprendido gallardamente la juventud de mi Patria. De ningún modo seré yo quien aconseje a los jóvenes adoptar una postura acomodaticia ante el orden social existente. Si tal hiciese, traicionaría mi propio pasado y también la buena fe de los que en mí han creído" (Ibidem).

Es que desde las alturas del tomismo, en el que por fin había encontrado la solución a las dos coordenadas de su vida, podría enjuiciar así al comunismo como al liberalismo: "Desde luego, no puede el cristiano asumir la defensa del comunismo, negador de la dignidad personal del hombre y de los más altos valores espirituales (...) también es

verdad que el capitalismo, en la forma aguda que ha asumido en nuestro siglo, implica un materialismo de hecho..." (p.68). Por ello, contra esas tiranías, pudo decirnos, en un memorable discurso que pronunció con motivo del Congreso de Pax Romana, celebrado en San Salvador, en 1957: "Frente a estas dos tesis igualmente inaceptables, se alza el concepto cristiano de sociedad que es, justamente, el término medio entre dos extremos opuestos" (p.95). Y, con qué fruición —con la satisfacción de quien ha encontrado el tesoro de la verdad— nos repetía en esa misma ocasión una sentencia del Papa felizmente reinante en aquel entonces, y que bien pudiera servir de lema para toda su vida: "En 1945 el Sumo Pontífice insistía en exhortar a la edificación de "un orden económico social más adecuado con las leyes divinas y con la dignidad humana a la vez" (p.90).

Tal es el valor excepcional de esa colección de artículos y conferencias, que nos permite leer en el alma de un hombre que no sólo es un faro de luz por sus ideas tan acertadas —véanse, por ejemplo, sus sugerencias sobre la reforma de la Universidad, hechas cuando aún era estudiante, así como sus consideraciones sociales—, sino un foco de calor y de energía para los hombres que se ponen al alcance de su acción y de su influjo.—Francisco Peccorini Letona, S. J.

